

CAPITULO IX.

La Cita.

Los relojes de los sólidos templos de la ciudad daban casi á un mismo tiempo las doce de la noche.

A esa hora México reposa en el mayor silencio.

En los espaciosos y bellos edificios no se descubre luz ninguna.

Los teatros, lo mismo que los cafés y los billares, están cerrados.

Las anchas y rectas calles se miran desiertas.

Solo al llegar á las boca-calles, se descubre al descuido sereno, sentado en la puerta de alguna casa, metido el sombrero

hasta los ojos, embozado en su capote azul, con la espada entre las piernas, y el agonizante farol en medio de la calle, roncando dulcemente con la cabeza caída sobre el pecho.

De repente se oyeron los pasos de algunas personas que caminaban á prisa.

Eran dos hombres que marchaban juntos y sin hablar palabra.

Al cabo de algunos minutos moderaron el paso, y miraron hácia atrás para ver si álguien les seguía.

Al llegar á la esquina de Flamencos, se dirijieron hácia el Empedradillo, atravesando por la plaza de la Constitucion, llamada de Armas, dejando á la derecha el palacio y la suntuosa Catedral, cuyas gigantescas torres se elevan magestuosas como centinelas perennes de la religion, y á la izquierda el Portal de las Flores, la Diputacion y el Portal de Mercaderes, tan animados de dia y tan solitarios en aquel momento.

Al llegar á la esquina de la calle de Tacuba, los dos silenciosos personajes dirijieron la vista hácia los balcones de una

casa, y sin detenerse mas que el tiempo indispensable para ver si se descubria luz alguna, continuaron su marcha por las calles de Santo Domingo, torcieron á la izquierda para entrar en la de Medinas, y detuvieron de repente su marcha al llegar á un edificio, contiguo al cual se elevaba entonces la sólida tapia de un pequeño jardín con algunos árboles frutales (1).

Aquellos dos hombres, sin hablarse palabra, dirijieron la vista á todas partes para cerciorarse de si estaban solos.

Al convencerse de que nadie les veia, uno de ellos se apoderó de la escalera del sereno, que estaba en la otra acera; la arriñó á la pared, subió por ella, y se quedó encima de la tapia observando hácia adentro.

—No hay nadie:—dijo en voz baja al que se habia quedado en la calle:—vuelva vd. á colocar la escalera donde estaba, y venga usted.

El hombre á quien se dirijian estas palabras hizo lo que su compañero le mandaba, y volvió á colocarse debajo de la tapia.

(1) Hoy se han edificado casas donde estuvo ese jardín.

El que estaba arriba habia, entre tanto, logrado poner dos enormes clavos encima del paredon; sacó de debajo de un ancho leviton en que iba envuelto, una escala de mano; la aseguró á los clavos, y la colocó hácia la calle, diciendo al que esperaba.

—Suba vd.

Este subió con indecible rapidez.

Al verla arriba, el primero levantó la escala y la colocó á la parte del jardín.

Su compañero bajó por ella: en seguida hizo lo mismo él; miraron hácia un balcon de la casa contigua al sitio en que estaban y que daba al mismo jardín; caminaron luego sobre las puntas de los piés para no ser sentidos, y se escondieron detras de unos árboles que se levantaban á un lado de la puerta de aquel pequeño pensil que comunicaba con la calle, y que estaba cerrada por dentro con llave, tranca y fuertes cerrojos.

—Hemos llegado á buena hora, doctor:—dijo en voz muy baja uno de ellos:—esto está solo, y no faltan mas que algunos minutos para la hora de la cita.

—El principio es bueno, y creo que será excelente el fin, señor Duval.

—¿No nos habrá visto entrar alguno?

—Ninguno.

—Es preciso que nadie sospeche ni remotamente que hemos dado este paso.

—Me importa á mí tanto como á vd. el secreto, pues somos interesados y ejecutores.

—Nuestro nuevo plan de apoderarnos de ella y de él para que todos crean que ha huido con Leopoldo, es excelente, y digno del talento de vd.; pero temo que los dos solos no séamos bastantes para obligarles á salir de aquí, y llevarles adonde hemos dispuesto.

—Le repito á vd. que sí, señor Duval. Yo, encubierto con la careta, me apoderaré del amante, y vd., haciendo lo mismo, se arrojará sobre Clotilde, y amenazándole á cada cual con la muerte del otro, nos seguirán al instante, estoy seguro de ello.

—¿Y si, contra lo que es de esperarse, resistiesen?

—Entonces morirá Leopoldo; pero no se opondrá: el temor de que asesinen á su amada le obligará á seguirnos lo mismo que á ella al ver amenazada su vida por mi puñal.

—Parece que así debe suceder.

—Y sucederá. Entonces, libres de todo temor, vd., para no despertar sospechas, fingirá un profundo sentimiento por la desaparicion de la mujer que adora; manifestará que no puede vivir en el sitio que le recuerda á cada instante la desgracia del objeto amado; dirá vd. que necesita volver á Europa para distraer la pena que le consume. Entre tanto yo habré llegado á Veracruz con Clotilde, valiéndome para que me siga sin quejarse, de la amenaza de que Leopoldo será muerto á la menor resistencia que haga; y cuando todos estemos en el puerto, fletaremos el primer buque, y dejando á Leopoldo en México, nos haremos nosotros á la vela para Europa, donde, despues de repartir las utilidades, nos separaremos como buenos amigos, para vivir cada cual como mas conveniente juzgue.

—Así lo hemos resuelto, y así se hará: veo que no hay otra manera de vencer á Clotilde, y será mia por la fuerza, lejos del suelo de su patria.

El doctor llevó en aquel momento el dedo índice de la mano derecha á los lábios, indicándole que no hablase, y señaló con la derecha hácia el balcon que caia al jardin.

Duval guardó silencio y miró adonde su cómplice señalaba.

La puerta interior se abrió suavemente, y una luz brilló al través de las cortinas que velaban la vidriera. Una sombra se dejó ver detras de ésta: poco despues giró una de las hojas al impulso de una mano blanca y delicada: luego se abrió la otra; la luz desapareció; y en seguida se dejaron ver en el balcon dos señoras, afianzadas fuertemente de las manos, y mirando con pavor hácia el jardin.

Una de ellas se dispuso á bajar, y la otra se detuvo temblando.

—No tenga vd. miedo, madre mia:—dijo en voz baja la primera y con una dulzura

encantadora:—no tenga vd. miedo. Si vd. me abandona, ¿qué será de mí....? ¡Me ha suplicado tan encarecidamente que le conceda esta entrevista....!

—Sí, querida Clotilde; conozco que es preciso que des á Leopoldo una seguridad de tu amor; que le jures que de nadie serás sino de él; que le ruegues que espere tranquilo el resultado.... pero, ¿qué quieres....! La oscuridad, el sitio, la hora.... todo me hace temblar sin saber por qué.

—¿Y dónde quiere vd. que le vea, cuando me está prohibido recibirle en casa; cuando Duval pregunta á todos los criados si le han visto entrar....!

—¡Todo lo conozco, hija mia....! ¡Pero he sido tan desgraciada en mis amores.... que tengo miedo....! ¡miedo por tí, por tí cuya felicidad la compraria á costa de toda mi sangre....!

—¿Pero cree vd. que realmente exista algun peligro en esta amorosa entrevista...?

—¡No, idolatrada Clotilde...! Pero cierto funesto presentimiento.... No sé.... pero

yo me alegraría que desistieses y que volviésemos á entrar en mi cuarto.

—¡Ah....! ¿Y qué diría Leopoldo....? ¡Diría que me había olvidado de él.... crecerían sus temores, y tal vez me maldeciría....!

—Mañana te disculparías con él.... le dirías que yo te había suplicado que no asistieses al jardín; pero que le amas y que estoy dispuesta á defenderte contra el poder del señor Duval. ¿No te parece bien, hija mía....?

Clotilde se quedó triste y abatida, y contestó con melancólico acento.

—¡No tengo mas voluntad que la de vd...!

Inés se conmovió al ver la resignacion de aquel ángel de inocencia y de bondad. Nadie como ella, que amaba, podía comprender la honda pena que le costaría renunciar á aquella dulce entrevista con su amante, y no quiso exigir aquel sacrificio, que sin duda desgarraría el corazón de la jóven.

—¡No, hija mía....!—exclamó la hermosa protectora estrechando contra su pecho á Clotilde:—veo que es una pueril preocu-

pacion la mía: mi excesivo amor me presenta fantasmas que debo desechar: bajemos, sí; Leopoldo es digno de las mas altas pruebas de consideracion.

—¡Cuán buena es vd.:—dijo arrebatada de gozo Clotilde, brillando en sus ojos las lágrimas del placer.—¡Vd. me vuelve la vida!....! Sé que hace vd. un esfuerzo para sobreponerse á los temores de su présago corazón.... Pero no tenga vd. recelo: ¡es la primera, y acaso la última cita que nos demos....! ¡Y le amo tanto....! tanto como vd. amó, madre mía, al hombre que no le ha olvidado un solo momento en la oscura prision en que gime.

Los bellos ojos de Inés se arrasaron de lágrimas.

—Bajemos, hija mía;—exclamó conmovida:—bajemos: ¿por qué te he de privar del placer único que existe en el mundo para los desventurados seres que de veras aman? ¡Es tan dulce jurarse eterno amor dos almas á quienes une una misma voluntad y un mismo pensamiento!.... Sí; te acompañaré, Clotilde hermosa, y Leopoldo

verá que tienes en mí una amiga, una madre que te defenderá constantemente!....

—¡Gracias, gracias, madre mia!....

Exclamó la tierna jóven, estrechando agradecida la mano de la cariñosa Inés.

—Sí, bajemos: ¿qué debemos temer? Tal vez traiga el cuaderno que por un caso providencial volvió á su poder; y si es así y nos sorprende mi hermano, se lo mostraremos como motivo de esta entrevista, y de su lectura resultará acaso el bien que anhelas.

—¡Ah!.... ¡cuánto celebraría que lo trajese!.... En él están los tiernos caracteres del hombre que hace latir el corazón de vd, y la prueba de la inocencia del sér que yo idolatro!....

—¡Oh!.... ¡sí!.... En las breves páginas de ese precioso manuscrito está escrita la historia de los padecimientos de mi fiel Ricardo!.... del hombre que no me ha olvidado un solo instante.... que me ama como me amó en los primeros días de nuestro amor!....

Y la hermosa Inés se sintió conmovida

hasta lo mas profundo del corazón al pronunciar estas palabras.

Clotilde la estrechó la mano enternecida.

El reloj de catedral sonó entonces la hora.

—¡La una!....!

Dijeron las dos á un tiempo, descendiendo una tras otra al jardín con el mayor sigilo.

—¿Traes la llave de la puerta?

Preguntó Inés en voz casi imperceptible.

—Sí; aquí la traigo.

Contestó Clotilde.

—Pues marchemos á abrir, porque sin duda estará esperando.

Y ambas, caminando sobre las puntas de los piés, y agarradas de las manos, se dirigieron por una calle de árboles frutales con dirección á la puerta.

Duval y el doctor se ocultaron mas aún, detras de los troncos, cubriéndose los rostros con ligeras caretas de tafetan para no ser conocidos en caso de que los viesen.

Las dos hermosas pasaron por junto á ellos.

Los enmascarados contuvieron la respiración.

—Ahora que ha llegado el momento, es cuando tiemblo, madre mía.

Dijo Clotilde deteniéndose á pocos pasos de los que estaban ocultos.

—Si temes, volvamos:—contestó Inés que no habia podido desechar un funesto presentimiento:—aun estamos cerca.

Duval y el doctor echaron mano á las dagas, y se dispusieron á arrojarlas sobre ellas en caso de que intentasen retroceder.

Clotilde titubeó un instante sin saber qué resolución tomar; pero el amor era el sentimiento que se sobreponia á todo, y dijo:

—No; es preciso que no me crea indiferente.

Y echó á andar sin esperar respuesta.

Inés le siguió recelosa y pálida.

Los que escuchaban volvieron á guardar las dagas, y esperaron sin moverse.

La noche seguía serena y hermosa.

Nada alteraba el silencio de ella.

La naturaleza entera dormía.

El viento habia plegado sus ligeras alas, y no jugaba en las hojas de los árboles.

Solo el acompasado y constante ruido de una pequeña fuente, situada en medio del jardín, dejaba oír el monótono son de sus aguas, que saltaban de graciosos surtidores.

—¿No has oído?

Dijo Inés deteniendo á Clotilde, y mirando á todas partes sobresaltada y pálida.

—¿Qué!....

Exclamó la jóven participando de su terror.

—Creí escuchar....

—Nada:—dijo la jóven viendo que todo estaba quieto y solitario:—es el ruido de la fuente á quien nuestro pavor le presta sonidos terribles.

—Sí.... creo que tienes razón.... marchemos.

Clotilde llegó á la puerta del jardín que daba á la calle; miró por la cerradura; aplicó luego los labios á ella y preguntó en voz baja.

—¿Quién?

—Anagalida.